

LA FIESTA DEL BAUTISMO DEL SEÑOR

La Fiesta del Bautismo del Señor cierra el tiempo de Navidad y nos invita a considerar qué significa vivir como hijos e hijas amados de Dios. Para los hijos adultos de hogares disfuncionales, la idea de ser “amados” puede no resultar sencilla. Muchos crecimos con mensajes distorsionados sobre el amor, la identidad y el valor personal. Pudimos haber interiorizado vergüenza, autosuficiencia o perfeccionismo para sobrevivir. Pero el bautismo de Jesús nos muestra un nuevo modelo de identidad, arraigado en el amor del Padre, no en nuestro desempeño ni en nuestro pasado.

El Evangelio nos dice que, cuando Jesús salió del agua, los cielos se abrieron y el Espíritu descendió como paloma. Una voz del cielo dijo: “Este es mi Hijo amado, en quien me complazco”. Antes de que Jesús predicara, sanara o caminara hacia la cruz, ya había sido reclamado, afirmado y amado. Esta identidad lo sostuvo para la misión que tenía por delante. Es la misma identidad que Dios desea ofrecernos a nosotros.

Para muchos hijos adultos, la recuperación comienza con el reconocimiento de que nuestro pasado, aunque doloroso, no define nuestro futuro. Puede que hayamos heredado patrones de disfunción, secreto, control o abandono, pero a través de los Doce Pasos y los sacramentos somos invitados a la sanación. Como el bautismo, la recuperación marca un comienzo: un proceso de volvernos hacia la luz, la gracia y la verdad.

Uno de los desafíos de la recuperación es aprender a escuchar la voz de la verdad por encima de los ecos del pasado. Voces que decían: “No eres suficiente”, “Tienes que ganarte el amor” o “Mantén todo bajo control a cualquier costo” aún pueden resonar en nuestro interior. Pero la voz de Dios irrumpe con algo mucho mejor: “Tú eres mi hijo. Me complazco en ti. No estás solo”.

Esta sanación no es solo emocional; es espiritual. El Segundo Paso nos recuerda que un Poder superior a nosotros mismos puede devolvernos la cordura. Ese poder no es distante ni indiferente. Es el mismo poder que se cernía sobre las aguas en la creación, que descendió en el bautismo de Jesús y que ahora vive en nosotros por medio del Espíritu Santo.

A medida que avanzamos en la recuperación, comenzamos a ver nuestra historia con nuevos ojos. Las heridas del pasado no desaparecen, pero se transforman. Reconocemos los dones recibidos —resiliencia, empatía y profundidad espiritual— y los ofrecemos al servicio de los demás. Nuestra verdadera familia llega a ser la que camina con nosotros en gracia, responsabilidad y sanación.

Esta fiesta también nos invita a reflexionar sobre lo que significa pertenecer. En hogares disfuncionales, quizá nos sentimos forasteros, cuidadores o chivos expiatorios. En la familia de Dios, somos hijos e hijas: amados, aceptados y llamados. No tenemos que demostrar nada. Somos invitados a descansar en nuestra identidad y a dar el siguiente paso indicado con confianza y humildad.

Que esta fiesta nos recuerde que tu historia sigue desarrollándose. El Dios que te reclamó en el bautismo sigue hablando hoy. Se complace en tu disponibilidad, tu valentía y tu deseo de sanación. No estás definido por tu pasado; estás siendo renovado, un día a la vez, por un amor que nunca falla.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿Qué aspectos de tu identidad están siendo transformados en la recuperación?
- ¿Cómo experimentas el amor y la voz de Dios en contraste con los mensajes de tu crianza?
- ¿Qué significa para ti pertenecer a la familia de Dios, especialmente a la luz de tu familia de origen?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Isaías 42,1-4. 6-7

SALMO RESPONSORIAL Salmo 29,1-2. 3-4. 9-10

SEGUNDA LECTURA Hechos 10,34-38

EVANGELIO Mateo 3,13-17